

tima hora, consiguiendo que, despues de su muerte, reinase todavía su nombre algun tiempo bajo el débil Ricardo.

Todo el celo religioso de Cromwell (continúa dicho historiador) se concentraba en su odio á Roma; punto de reunion que proponia á todas las sectas de Inglaterra. Por lo demas, parecia bastante indiferente á la forma del cisma, y acogió con igual favor á los independientes, á los presbiterianos y á los anabaptistas; en sus últimos tiempos se manifestó favorable hasta con los episcopales, dejándoles abrir sus iglesias. Los capellanes de que se rodeaba eran escogidos de todas estas várias sectas, y semejante neutralidad respecto á la forma del culto, comparada con el fervor que afectaba de continuo, bastaria á probar su hipocresía. En aquel siglo fanático la fe iba siempre unida á la intolerancia, y si Cromwell hubiese sido sincero, habria escogido una secta que seguir. Pero, en su religion enteramente política, evitó ofender á muchas sectas adhiriéndose á una sola, al propio tiempo que satisfacía el espíritu supersticioso de la época con una demostracion general de fervor y de piedad; proponiendo constantemente el dogma al entusiasmo, se ocupó en dominar las imaginaciones, sin ofender ninguna creencia. Cálculo de hombre de Estado, que elige el objeto de su fanatismo, y no de un sectario á quien arrastra el ascendiente que ejerce sobre los demas.

La mayor prueba que dió de esta tolerancia, extraña á su siglo y á su fanatismo, fué, respecto de los Judíos, tanto tiempo víctimas de las preocupaciones, especialmente en Inglaterra. Manases Ben-Israel, famoso rabino, tuvo muchas conferencias con el Protector, pidiendo para su nacion la libertad de comercio y de conciencia, vistas la persecucion y las injurias que experimentaba en los Estados católicos. Cromwell pareció favorable á la peticion, pero quiso someterla á la discusion de una junta de teólogos, que no pudieron ponerse de acuerdo. El mismo Cromwell insistia en favor de los Judíos con un argumento teológico: « Pues que » existe la promesa de su conversion, deben » emplearse todos los medios capaces de facilitarla, y ninguno mas seguro que la predicacion del Evangelio cual se hace en Inglaterra, con sinceridad y verdad, sin mezcla de » las supersticiones papistas, que les han inspirado odio á la religion cristiana. » Muchos Judíos, animados por semejante proteccion, fueron á Lóndres á esperar el resultado; pero la mayor parte de los teólogos se declaró contra ellos, y lo mismo los comerciantes, por otro motivo ó por temor á la competencia que ofrecian la riqueza é industria de los Judíos. Cromwell desistió, pues, diciendo que no tenia empeño especial, sino que queria hacer únicamente lo que estaba permitido por la Sagrada Escritura. Algunos historiadores aseguran que los Judíos se habian proporcionado el favor de Cromwell prometiéndole mucho dinero; otros

dicen, que detenido en sus empresas por la insuficiencia del erario, habia contado con el auxilio de aquellos. La actividad y las correspondencias de los Judíos en todos los países no fueron inútiles al Protector; y segun Brunet, le sirvieron de espías en toda Europa, principalmente en España y Portugal, y por su medio adquirió noticias preciosas sobre los proyectos y la situacion de las córtes extranjeras.

La condescendencia de Cromwell con las preocupaciones de los sectarios está conforme con la política que le indujo siempre á hablar su lenguaje y á imitar su fanatismo. Asegúrase que aquella afectacion tan bien sostenida se desmentia á veces en la libertad de la vida privada y en la expansion de la confianza. Waller, el ingenioso poeta que cantó sucesivamente á Carlos I, Cromwell y Carlos II, y que, despues de haber conspirado á favor de la monarquía, fué acogido por el Protector, su pariente, referia á tal propósito una extraña anédocta. Admitido en el gabinete de Cromwell, su conversacion familiar era á menudo interrumpida por algun jefe de secta que iba á hacer la corte al Protector: Cromwell, en pié, los recibia á la puerta, y llegaban al oido de Waller estas palabras, repetidas con frecuencia: « El Señor revelará, el Señor vendrá en auxilio, etc. » Cromwell, una vez despedidos los fanáticos inoportunos, le decia: « Caro primo, á esos es menester hablarles en su jerigonza. Continuemos (1). »

El vencedor de una revolucion parece fácilmente grande, como aquel que permanece de pié en un campo de batalla donde todos han perecido. En cuanto cesa el pesar de las pérdidas ilusiones, de las esperanzas desvanecidas, nos apasionamos de aquel afortunado ser, aunque haya sido ántes nuestro enemigo, y aplaudimos los golpes con que destruye la causa por la que combatíamos y en nombre de la cual se habian ejecutado tan grandes cosas, cuyo mérito le concedemos. Así aconteció á Cromwell, que pareció grande porque era fuerte; pero empleó la fuerza para refrenar el ímpetu de los independientes y de los niveladores, quienes empujaban la revolucion mas allá de donde él queria. Dejó, pues, la libertad aniquilada, extendida la opresion, y esa tiranía robusta que los admiradores de la fuerza apellidan grandeza, y que indujo á muchos á llamarle grande hombre.

Pero así que murió, la esperanza de la libertad, sofocada durante diez años, renació, y su hijo Ricardo (pastor árcade, como le llama Carlisle) no supo mas que combatir al parlamento con el ejército y al ejército con el parlamento, método vacilante; en consecuencia del cual abdicó poco despues (1659). La legalidad no servia donde se estaba acostumbrado á buscar las decisiones de la fuerza. El general Lambert trató de reproducir el personaje de Cromwell, con-

(1) WILLEMAIN, II, 200.

tando solo con el ejército; pero con el ejército vino Monk, hombre que si bien no tenia nada de grande, estaba dotado de sano juicio y de valor. Conoció adónde convenia que el país llegase, y se propuso conducirlo hasta allí sin lucha ni sacudimientos. No deseando gloria ni poder, desprovisto de elevados planes, lo mismo acerca de su persona que del país, acérrimo enemigo del desórden y de las iniquidades cubiertas con el aura popular, no declamador charlatan, sino soldado é Inglés, firmemente resuelto á restaurar el único gobierno que podia ser estable y regular, sacrificaba á esto todo, hasta la moral; sentóse como árbitro en medio de los partidos fraccionados, y juraba querer vivir y morir por la libertad con los patriotas, mientras que aseguraba grados y poder á los ministros de la tiranía de Cromwell. En el partido realista habia gran division de ideas, de pasiones, de intereses, y sin embargo tuvieron la prudencia de dejar á un lado las disensiones y encerrarse en el círculo del interes comun, subordinando lo que hubieran preferido á lo que querian. Hasta se echaron en brazos de un hombre de quien tenian razon de desconfiar, cual era Monk, que habia servido al rey, á la Revolucion, á la República, á Cromwell, al parlamento, y marchaba envuelto en tinieblas á menudo en sentido contrario, mintiendo friamente. Los realistas si no se entregaron ciegamente á Monk, le secundaron como el hombre impuesto por la situacion, vigilándole, es verdad, pero dóciles y tranquilos como los que siguen á un jefe.

El éxito justificó á los realistas y al que los capitaneaba. En vez de consolidar el poder guerrero, segun parecia deber temerse de un soldado vencedor, reunió el parlamento, llamó á él á los puritanos que habian sido excluidos y que restauraron la religion exclusiva, y á los fieles de Cromwell que restablecieron la monarquía. Las peticiones de los niveladores fueron declaradas por él como por Cromwell, metafísica inaplicable y no elaborada por la discusion; de modo que los que el Protector habia perseguido fueron tambien perseguidos. El calvinismo desde que faltó la mano que lo reprimia, alzó de nuevo la cabeza en el parlamento y se reanudaron los proyectos de reconciliacion. En su virtud los Estuardos volvieron en 1660: habian sufrido un golpe, efecto del acaso, y cuando cayó el que lo habia dado, continuó su curso el derecho nacional.

Monk quiso que en las patentes que consagraban su gloria y su fortuna se insertase la frase *vencedor sin sangre*. Carlos II volvia tan déspota como sus abuelos, sin condiciones y pronto á continuar el sistema de aquellos. Los viles que habian adulado é instigado á Cromwell se apresuraron entónces á adquirir la gracia del rey, y convertidos en jueces reales arrastraron al suplicio á los que Cromwell habia perseguido como fieles á la libertad é incorregibles patriotas.

Carlos restableció el calvinismo y mostró apoyarse en el extranjero. ¿Qué resultó? que él, llamado por el voto de la nacion, no tardó en ponerse en lucha con esta, y en acudir al extranjero, sin el cual habia venido resignándose al contrario de sus predecesores con la política de Francia. Inglaterra no podia ménos de estar en pugna con Luis XIV, como ántes con Felipe II, como representante del partido monárquico y católico, y Carlos se ingeniaba para sacar dinero á entrambos; vendió Dunkerque á Luis XIV y para captarse su voluntad, declaró una guerra costosa y desgraciada á los Holandeses, los cuales habian osado dar asilo á los patriotas que habian censurado los excesos del Protector y merecido sus persecuciones. Pero los Batavos se vengaron manifestando que los Ingleses eran sus amigos y que por ellos combatian al déspota. Por lo tanto los Ingleses vieron con alegría á Ruyter y á De Witt, quemar los buques de Carlos II, y cuando este pidió subsidios, el parlamento licenció al ejército y rehusó toda clase de impuestos si Carlos no aceptaba el bill del *test*, que imponia á los empleados públicos la obligacion de jurar que no creian en la transustanciacion. Con esto se excluía á los Católicos y especialmente al duque de York, presunto heredero y católico. Shaftesbury para determinar al rey hizo estallar la conspiracion papista, con cuyo motivo se multiplicaron absurdos suplicios; y el parlamento excluyó del trono al duque de York y de su seno á las hechuras de la corte con la ley de incompatibilidades; declaró ilegales las tropas permanentes, hasta la guardia real, y consagró la libertad individual con el *Habeas corpus*.

Estos hechos se verificaban en medio de la conmocion universal. La Escocia se habia sublevado contra el episcopado que se queria imponerla, y con los soldados se exterminaba á los presbiterianos. Los montañeses de aquel país excitaban á andar á los animales con la voz *whig*, que se aplicó á ellos é indicó en lo sucesivo el partido que tomaron en Inglaterra. Los puritanos, desengañados, aplicaron á sus enemigos el nombre de *tory* que se daba á los proscritos católicos de Irlanda. Inglaterra estaba, pues, agitada aun entre los presbiterianos escoceses y los Irlandeses católicos, y Carlos II no sabia cómo manejarse. Quiso gobernar sin parlamento, mendigando subsidios de la generosidad de Luis XIV; pero la tiranía socavaba su trono, y los suplicios no bastaban á acabar con las conjuraciones.

No obstante el bill, le sucedió el duque de York con el nombre de Jacobo II (1685), el cual, sin contar lo demas, era católico y se le consideraba autor de los consejos tiránicos dados á su hermano. Los muchos prófugos conspiraron, pero él los venció y creyó entónces poder dedicarse á restaurar la religion romana; en consecuencia abolió el *test*, hizo público el culto y recibió á los Jesuitas y á un nuncio del Papa. La religion y el interes dieron de nuevo el

impulso á que no bastaba la política. Guillermo de Orange, que representaba el partido reformado en oposicion al católico de Luis XIV, conspiró contra su suegro con los barones creados por la Revolucion y que querian asegurar los bienes adquiridos, pertenecientes á los emigrados, que á su vuelta pedian les fuesen devueltos. Con el consentimiento secreto de la mayor parte de los reyes protestantes y católicos, y hasta del papa Inocencio XI, á quien la altivez de Luis XIV habia inspirado un vivo resentimiento, y la loca temeridad de Jacobo I un profundo desprecio, desembarcó y convocó las cámaras, que declararon vacante el trono, proclamando á Guillermo (1689). Este acto concedió la soberanía á la clase média, la cual en su triunfo indujo al nuevo rey á firmar la *Declaracion de derechos*: constitucion nueva, que prohibia al rey suspender en ningun tiempo las leyes, cobrar contribuciones sin acuerdo de las cámaras y mantener tropas permanentes contra la voluntad de las mismas; que le imponia la obligacion de dejar libres las elecciones y los debates, y de reconocer á cada Inglés el derecho de peticion. En cambio, el rey podria convocar, prorogar y disolver el parlamento, negar la sancion á las leyes que se le propusiesen, elegir los individuos del consejo, nombrar los principales empleados, hacer la paz, declarar la guerra, celebrar alianzas, administrar la justicia y dirigir el gobierno general del Estado sin dar cuenta á nadie.

Esta transaccion zanjaba las disputas entre realistas y parlamentarios; el pueblo la contempló con indiferencia. No se combatia ya en defensa de su causa como en 1640, ni en la de los derechos humanos: eran, sí, unos cuantos descontentos que no habiendo obtenido empleos ó temiendo perder los que desempeñaban, derribaron á un rey para sustituirle con otro, manchado con la sangre de los mas nobles patriotas holandeses. Podian, pues, proclamar la libertad, visto que reinaban ellos; pero al convenio habian concurrido solo el rey, los lores y los prelados, es decir, la casta privilegiada, y no se habia tomado ninguna disposicion contra el desorden y la iniquidad de las leyes, contra la constitucion aristocrática del Estado, contra la intolerancia religiosa ni contra las preocupaciones. El antiguo origen extranjero y armado de la autoridad real se justificaba con las fórmulas conservadas: « *Le roy le veult; le roy s'avisera; le roy mercie se loyaux sujets et ainsi le veult.* » El despotismo no era ya posible, pero le reemplazó la oligarquía, procedente de un sistema de elecciones vedadas al pueblo. Tampoco era posible el papismo, pero quedaba la creacion absurda de Enrique VIII, el derecho de ocupar los empleos públicos reservado á los anglicanos, asegurado así en su favor el monopolio que habian reprendido á los católicos. El rey jura « guardar intacta la religio protestante reformada, » de modo que la conservacion de la casa de Hannover en aquel

trono se funda en la intolerancia. Se administraba justicia á todos, pero complicada, bárbara, formalista; se quitó la libertad de imprenta. En suma, en aquella revolucion no se consagraron principios generales, pero se generalizaron algunos hechos; las franquicias privilegiadas de la edad média existian en vez de las comunes libertades modernas. Mientras que los Estuardos alegaban el derecho divino, la nueva dinastía ostentaba nombres pomposos y sonoros: dinastía nacional, eleccion del pueblo, libertadores de la patria, antemurales del papismo, etc.

Sin embargo, allí donde algunos no quieren ver sino el triunfo de la aristocracia, hallamos nosotros dos efectos popularísimos, la declaracion y garantía de los derechos personales y universales de los simples ciudadanos, y la participacion decisiva del pueblo en el gobierno.

El que haya leído la historia de aquella revolucion, no en este resumen de las ideas mas bien que de los hechos, sino en los autores que exponen su parte efectiva y dramática, habrá encontrado en ella innumerables puntos de contacto con la francesa (1). Tan cierto es esto como que algunos historiadores de Francia, durante la Restauracion, describieron los acontecimientos ingleses como una eterna alusion á los de su patria, amonestando á los príncipes que, como los Estuardos, fundaban en el derecho divino su prerogativa y en los extranjeros la esperanza de cercenar la libertad.

Pero segun dijimos en un principio, las semejanzas son mas bien exteriores que interiores, accidentales que en el fondo. La Revolucion inglesa fué obra de los partidos independientemente del pueblo; la francesa fué obra exclusiva de este. Ambas grandes como aquella en que se trata de nacion y de libertad, la inglesa es un acontecimiento parcial en la historia de un pueblo; la francesa es un acontecimiento europeo: la primera emana de principios secundarios, la otra es enteramente general é ideal. Objeto de la primera fué dar á los Comunes y á los pares la preponderancia sobre el poder real; el parlamento que la guió, respetó la Carta y no pensó alejarse de la legalidad constitucional; solo quiso sobreponerse á la administracion del rey y contribuir con las ad-

(1) En 1804 circuló un opúsculo titulado *Paralelo entre César, Cromwell, Monk y Buonaparte*. Metió mucho ruido, pero es ligero y se fija en las diferencias exteriores. Cromwell está pintado como un fanático, sanguinario, regicida, que devasta las universidades de Oxford y Cambridge, que no vence sino en guerra civil, y que á lo mas pudiera compararse con Robespierre. Buonaparte, al contrario, no habia tomado parte en los delitos de la Revolucion; los habia, sí, cubierto de inmensa gloria. Á él se debía la abolicion de la fiesta del regicidio, á él que hubiesen terminado los horrores del fanatismo revolucionario; á él la apertura de las escuelas y el honor tributado á las ciencias y artes; á él la conquista de reinos enteros. Se declaraba un ultraje compararle á Monk, pues la restauracion era imposible sin los horrores de una nueva revolucion. El único digno de compararse era, segun el citado opúsculo, César, gran guerrero y político: solo que este, al frente de los demagogos, abatió á los mejores, y destruyó la República, mientras que Buonaparte elevó á los mejores y abolió á los perversos.

vertencias y la negativa de los subsidios á la eleccion de los ministros. En medio de la lucha se pasó mas allá, pero la nacion se mostró en todos los períodos sin la instruccion republicana necesaria y aceptó al hombre que la satisfizo en los puntos, objeto del debate, y que estableció un gobierno de hecho sin cuidarse del derecho. La francesa, despues de los primeros pasos, aplicó la segur á la raiz, borró de su derecho cuanto se fundaba en la historia y quiso reconstituirlo nuevamente. En un momento destruyó los privilegios: mientras que la inglesa, preocupada de la cuestion religiosa, dejó los privilegios intactos y toda la propiedad en manos de los ricos. La Revolucion inglesa se apoyó en la Iglesia nacional, y todos los partidos tomaron por aliada á la reforma, esto es, se dieron una base comun y conocida: en Francia al contrario, la Constituyente pensó un instante en ponerse de acuerdo con la religion establecida, pero esta la rechazó, y la enemistad recíproca entre el poder nuevo y el antiguo espiritual no hizo mas que ensañarse. La inglesa se estableció en el campo de los derechos; no arrastró los hechos primitivos, si bien los eludió; reconoció los derechos que la victoria habia

dado al antiguo ejército, y trató de consolidar los que los dominadores concedieron á los súbditos. La francesa dijo á los conquistadores: « Hoy los conquistados sois vosotros, sufrid, pues, la suerte que hasta aquí nos habéis hecho sufrir á nosotros, que somos el pueblo. » Por lo tanto la Revolucion inglesa conquistó libertades políticas, la francesa libertades sociales: aquella influyó en la isla, esta en toda Europa: aquella no suscitó ni el miedo de los fuertes ni las simpatías de los pueblos; esta conmovió á toda Europa, y los pueblos la aceptaron como un prelude, los señores como una amenaza, y mientras era tiempo se armaron para comprimirla. La inglesa concluyó por temor de una abstraccion radical que hubiera derribado á los aristócratas, sus autores; la francesa por la reaccion de todos los extranjeros, pero despues de haber constituido una sociedad nueva con ideas que no han muerto, que han sobrevivido á la opresion imperial y que esperan quien las reorganice y les dé proporciones gigantescas. El estado presente de Europa prueba que aun no ha pasado el terror que excitó, y la cautela dominante trata de reprimir sus consecuencias, no completas todavía.